

EL PROS HA DESAPARECIDO.

Elegía para un amigo del alma

Por **Ricardo Teigell**.

Capitán del Pros en la Etapa 8 de la Expedición “Tras la Estela de Elcano”:
Tahití (Polinesia francesa)–Suva (Islas Fiyi)



El Pros ha desaparecido. Siete de la mañana. Un tímido bip en el teléfono. Imposible imaginar que ese leve sonido pueda ser mensajero de tanta desgracia, de tanta tristeza. Apenas cuatro palabras. Y lo que cuesta digerirlas. Comprenderlas. Te resistes a entenderlo, no has debido leer bien. Cuatro palabras. Casi una por año de mares surcados. El poder de las palabras. Cómo una determinada combinación de letras, una azarosa secuencia de trazos sobre el papel puede concitar los estragos de una tempestad; la cólera de un tifón, la fatídica precisión de su rumbo hacia unas coordenadas, infaliblemente, despiadadamente.

Cuesta asimilar que pueda quedar atrás, marchitada para siempre esa maravillosa biblioteca, ya antes gastada por manos entusiasmadas, su vasta tecnología, sus aciagas juntas de motor, su trepidante cocina en días de escora, su majestuoso génova, ese cofi tan revelador del tipo de nao en que te hallabas, su bañera, mudo testigo de sinceras confesiones en nocturnas guardias, de increíbles creaciones culinarias, de tonadas de tiempos pasados...

La generosidad y la contagiosa ilusión de Pepe fueron los responsables de que, sin acumular yo los necesarios méritos para ello, me

viere acogido entre sus mamparos, y mecido en su cubierta en demanda de las Islas Afortunadas, allá por Septiembre de 2.019. El Pros tuvo a bien dejarse conducir por mis brazos, acomodados entonces a otras esloras, por sobre las azules y mimosas dunas atlánticas, soslayando día a día su inicial rigidez para dejar entrever ese alma juguetona y dócil a la rueda, que sólo estaba demandando caricias en forma de leves movimientos a babor y a estribor, para a cambio entregar el tajamar al rumbo deseado, firme y sin cimbreos.

Fueron días de exploración, de desvelar sus escondidos secretos, sus capacidades, sus remotas entrañas, sus historias del pasado, sus crujidos y sus razones, sus caprichos y sus no razones, sus puntuales respuestas a los sistemas instalados o su rebeldía a hacerlo. Su personalidad. La tenía. Y mucha.

A una edad ya bien adulta, la mía, el Pros hizo posible el prodigio de transportarme a mis primeros anhelos infantiles, sueños de mares y aventuras, deseos que la realidad había borrado o arrinconado y que ahora, emocionado, confirmaba que podían ser vividos.

Si no me equivoco, amigo Pepe, pues así me lo narraste en una de esas noches de comunión de almas bajo las estrellas del Pacífico, el Pros ha vuelto al lugar de donde vino, al mar en sus profundidades. Tal vez ya lo deseara; tal vez él, que al contrario que nosotros, nunca pisaba tierra, siquiera la sentía en sus costados, manteniéndose en permanente contacto con las aguas, en la espera fiel de otros Ulises, tal vez había decidido ya hace tiempo mutarse en líquido elemento. Pero si así lo decidió, fue sin duda noble y leal hasta el fin. Nunca dejó de proteger y de tornar a casa a cuantos tuvimos la dicha de hollarle. Y se dice pronto, más de medio globo circundado, muchos miles de náuticas millas, que comenzó a cubrir ya con ciertos males de la edad, algo quejumbroso.

Es cierto, nos llevó un poco la contraria, lo recordamos bien quienes cruzamos el extenso Pacífico; pero es que tal vez nos quería decir que no le placían vibraciones, olores y ruidos de humanas maquinarias y que él había nacido para dejarse portar por henchidas alas al viento. Y aun así, nunca nos traicionó. Hasta en las más agitadas jornadas, aquellas en las que comprendías el por qué de esas líneas de madera cruzando el techo de toda la cabina, en las que te balanceabas suspendido en el aire ante la total imposibilidad de sustentarte en las piernas.

Trato de imaginarme cómo nuestro Pros vio cernirse sobre sí esa desastrosa fuerza de la naturaleza; dejadme sólo, había pronunciado unas horas antes. Y la tripulación, apenada pero obediente, cumplía desabridamente esa su última orden. Una vez más, generoso y altruísta.

Y así debieron ir pasando las horas, y los terribles vaivenes y sacudidas, sin control, sin dirección, la brutalidad al unísono. Sus brazos y piernas, trenzados cabos con los que se aferraba al mundo, debieron empezar a flaquear. Fue, estoy seguro, una lucha titánica, épica; nuestro Pros debió ir cediendo, a regañadientes, centímetro a centímetro de sus miembros, de sus ataduras, hasta la extenuación, hasta el golpe final que todo lo desbarata, la victoria de la bestia encolerizada y sin control.

Y aun así, aun cediendo al horrible arrastre de aguas y tierras, bitas y cabos, jarcias doblegadas, cuadernas desgajadas, aún en ese torrente dantesco, tuvo todavía fuerzas de asirse a un último humano recuerdo, un sólido dique sobre el que tal vez descansar por unas horas, quizá las suficientes para que todo pasara, lamiéndose a buen seguro las heridas que ya asomaban.

Pero no pudo ser, ese brazo que asía también se quebró, y con él llegó la pérdida de toda esperanza.

Y aun sabiendo que todo esto que digo desgraciadamente responde a lo sucedido, no puedo compartir las palabras de ese mensaje recibido. Yo no creo que el Pros haya desaparecido. Desde luego en mí hoy está más presente que nunca antes; y sospecho que así será, por mucho tiempo. Nunca imaginó él (menos aún nosotros lo quisimos) que en tal medida reviviera los aconteceres de la expedición a la que honraba.

Desde el privilegiado lugar que hace años habito, bañado de mar, dirijo la mirada en esta mañana hacia la línea del horizonte, tímidamente curvado, buscando en vano su estilizada silueta.

Estoy seguro que, como Kipling dijera, supo llenar ese minuto inolvidable y cierto, de sesenta segundos que le llevaron al cielo, ese lugar que, ciertamente, lo sabemos bien los nautas, no es sino reflejo del mar.

Denia, mayo 2023